

★ALEX CARTIER★

MOVIE STAR

¿Y si fueras tú la razón
del escándalo?



Alex Cartier

Movie Star 3

Traducción de María Méndez

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Movie Star 3*

© Belfond, un département de Place des Éditeurs, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Página 207: © *Crazy*, 2006 Gnarl's Barkley under exclusive license to Warner Music UK Ltd., interpretada por Gnarl's Barkley.

Página 207: © *The House of the Rising Sun*, 2002 Parlophone Records Ltd., a Warner Music Group Company, interpretada por The Animals.

Página 279: © *What a Wonderful World*, 2010 The Verve Music Group, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Louis Armstrong.

Página 358: © *Nightcall*, 2013 Record Makers, interpretada por Kavinsky.

Página 451: © *Hymne à l'amour*, 2015 Parlophone / Warner Music France, A Warner Music Group Company, interpretada por Édith Piaf.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2017

Depósito legal: B. 17.341-2017
ISBN: 978-84-08-17502-5
Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Diario de Ophélie

4 de abril de 2015

Ya en el primer paseo que di por Los Ángeles me encontré en mi camino con Michael. Un Michael gigantesco —de al menos cuarenta por veinte metros—. Un cartel publicitario de un desodorante ocupaba la parte alta de un edificio. Me supuso un *shock* verle con la camisa desabrochada, en tejanos y con una belleza en los brazos. Parecía el cartel de *Instinto básico*, solo que él era el que estaba de frente y la maniquí de espaldas, en *topless*, con los pechos apoyados en el torso del actor. En Estados Unidos no está permitido mostrar un pecho femenino en publicidad.

Confieso que fue terrible verle así, con sus preciosos ojos azules, un efecto reforzado por el tamaño monstruoso del panel y por los retoques de *photoshop*, que le hacían al menos diez años más joven. La chica en sus brazos me trajo a la memoria aquella triste noche en Londres y su traición.

Laure, que iba conduciendo, me leyó el pensamiento.

—Si querías olvidarle, no era aquí adonde tenías que venir.

—Vale, voy a poder soportarlo; es solo que las dimensio-

nes de esa publicidad de mal gusto me resultan ligeramente irritantes. Que te ponga los cuernos un tío al que ves en una foto del tamaño de la fachada de un edificio de veinte pisos no es habitual.

—Cariño, estás en Los Ángeles, aquí nada es normal. La misma palabra «normal» no existe, ¡pero disfruta de las ventajas! Viajas por West Sunset Boulevard en un descapotable, tenemos veinticinco grados de temperatura y estás en camisa, con gafas de sol y bronceándote. En Francia, en este momento no pasan de los diez grados.

No se equivoca, estar en L.A. es mágico.

Es cierto que ayer los cincuenta minutos de espera en la cola de Inmigración a la llegada al aeropuerto fueron un tanto duros. Laure me dijo que podía llegar a durar hasta hora y media. La agente me recordó a Carolina, la mujer de Michael, aunque menos guapa y, sobre todo, mucho menos sonriente. No sé si es una norma entre ellos o si es solo porque tienen un trabajo tan fastidioso, pero da la impresión de que se toman como un deber ser desagradables. Lo importante era pasar el control, no fijarse demasiado en la calidad de la recepción. La única ventaja de tan larga espera fue que el equipaje estaba ya en la cinta transportadora cuando pudimos acercarnos.

David vino a buscarnos. Cuando le vio, Laure corrió a echarse en sus brazos y me dejó cuidando de los dos carritos, así que tuve que arrimar el suyo a un lado porque estorbaba el paso a los demás pasajeros. A ella eso no le preocupaba en absoluto y no paró de darse besos apasionados con David. Tiene gracia esta propensión a dejar de lado el pudor. Por muy enamorada que esté, yo no voy a lamer las amígdalas de mi chico en público durante veinte minutos, me basta con un beso cariñoso y enamorado. A Laure no y, al cabo de unos minutos, tuve que llamarla al orden.

—Tu carro está estorbando a todo el mundo, Laure. Si seguís, voy a echaros un cubo de agua helada.

Se acercó de mala gana gruñendo que yo era una «madre superiora».

David me besó para darme la bienvenida a Estados Unidos, pero fue muy incómodo porque a través de la tela de su pantalón se notaba la consiguiente erección.

Después de una hora en coche, llegamos al apartamento de David en Santa Mónica y conocimos a *Princesa Leia*, la bonita gata gris de la casa. Por ella Laure se ha puesto en tratamiento para la alergia al pelo de gato. ¡Qué bello es el amor! A mí me resuelve también un problema, porque vamos a alquilar piso juntas y yo me he traído a *Romeo*.

Mi *Romeo*, ¿cómo hubiera podido dejarlo a él, que es mi único amigo fiel? Es tan rico que ha soportado el viaje en avión sin protestar. Bueno, hay que decir que lo había sedado un poco con un medicamento que me dio el veterinario.

Cuando *Princesa Leia* vio la jaula de *Romeo*, se acercó para conocerlo y después se fue a su gatera como si esa presencia la importunara. Laure se puso en el papel de casamentera.

—Es una pena, es bonita esta gata. ¿Qué te parece, *Romeo*? ¿Te gusta? No te apetece intercambiar unos mimos con ella?

Confieso que ese empeño de encontrar compañera para mi gato me ha puesto nerviosa.

—Déjalo tranquilo. Al pobre no le interesa, está castrado. Para una vez que hay un individuo en este mundo que no lo remite todo al sexo...

Se puso a ironizar.

—Yo conozco al menos a dos: por algo se dice «de tal amo, tal gato».

La ignoré y abrí la jaula. Mi pobre gato estaba completamente grogui. Examinó el apartamento y encontró un rincón del sofá donde echar una siesta. David le había ofrecido

amablemente un platito con paté, pero después de husmearlo lo desdeñó.

—Mi *Romeo*, no sé si aquí tendrán tu paté Gourmet. Creo que tendrás que habituarte a tu nueva vida.

Él no es el único en eso: yo tendré que hacer lo mismo.

Al final de la tarde David nos propuso dar un paseo por la playa. Vive solo a unos cuantos bloques del mar.

Ver cómo se ponía el sol en el Pacífico fue uno de los grandes momentos de mi vida. Había un ambiente mágico, muy californiano. Al igual que en la serie *Los vigilantes de la playa*, en la arena estaban las torres de los socorristas. Acodado en la cerca, un chico guapo, musculoso, bronceado y con el tradicional bañador rojo vigilaba el océano.

A pesar de la presencia de David, Laure estaba emocionadísima.

—¿Has visto? Es tan sexi que darían ganas de ahogarse solo para que te hiciera el boca a boca.

—Es cierto que no está mal. Lástima que lleve gafas de sol; me habría gustado verle los ojos.

—No tenemos más que ir a hablar con él y seguramente se las quitará.

—Pero eso no es muy correcto con respecto a David, que ha venido a buscarnos al aeropuerto y nos aloja en su casa esta noche.

—En primer lugar, puedo decirte que a David se lo agradeceré debidamente con mis cuidados, en un ratio de cien por uno. Y además no hay nada aberrante en ayudar a mi mejor amiga a encontrar a su alma gemela.

—¿Estás segura de que lo que me buscas es un alma? Porque el socorrista es impresionante, pero más bien por su cuerpo.

—No puedes saberlo, no has hablado con él. *Darling*, voy a presentarle a Ophélie a ese chico guapo. Volvemos dentro de cinco minutos.

David se encogió de hombros, acostumbrado a las excentricidades de su novia.

Al llegar al pie de la torreta, el chico nos pareció aún más guapo, pero no muy simpático. Tendría entre veinticinco y veintiocho años.

Laure tuvo que intentar varias veces atraer su atención.

—*Hello!* Perdone, queremos hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—¿Podemos subir ahí, junto a usted, en la terracita?

—No, está prohibido, pero pueden hacer la pregunta ahí donde están; las oigo.

Tiré discretamente del brazo a Laure para irnos, pero ella se desprendió. Cuando tiene una idea en la cabeza...

—Quería saber si hay peligro en el mar.

—¿Qué clase de peligro?

—Tiburones blancos, por ejemplo. Mi amiga les tiene mucho miedo.

— Los hay, en efecto.

Esta conversación, que tenía por objeto conocer al guapo chico, se estaba revelando muy instructiva. En esas condiciones, ni pensar en meter un solo dedo del pie en el agua. Yo no tenía la menor intención de actuar en un *remake* de *Tiburón*.

Decidí coger las riendas de la conversación.

—¿Entonces no podemos bañarnos?

—Claro que sí.

—Pero ¿y los tiburones?

—Señorita, los tiburones no se acercan a las playas, solo muy raras veces.

Me dije que «raras veces» tenía un significado muy diferente a «nunca», sobre todo cuando se habla de tiburones.

Yo quería que volviéramos junto a David, pues el socorrista no parecía más interesado en mí que en Laure, pero mi amiga continuaba con la conversación, sin que nadie

supiera si era por el tío o por conocer el riesgo real de bañarse.

—¿De modo que no atacan?

—No. Solo ha habido diecinueve ataques en los tres últimos años. Y apenas uno fue mortal.

Esta respuesta me bastó: no me bañaré nunca en California, a no ser que sea en una piscina.

Mientras Laure buscaba otro ángulo de ataque, llegó un coche y se detuvo junto a nosotras, un Ford cuatro por cuatro amarillo con una tabla de surf en el techo y sirenas. «Sirena» era precisamente la palabra adecuada para calificar a la conductora que salió del vehículo: rubia, con una cola de caballo, unas Ray-Ban, cazadora roja y un pantalón corto del mismo color que ponía de relieve los músculos de sus piernas. En una palabra, la reencarnación de Pamela Anderson o, peor aún, me recordó a Diana, la *coach* de Michael.

Cuando se reunió con su colega en la torre, él perdió todo interés en nosotras.

Laure me cogió del brazo.

—Tienes razón, es un idiota, ni siquiera se ha dado cuenta de que somos francesas.

Y se quedó un momento en silencio para luego añadir:

—Pero el muy cabrón tenía un buen cuerpo.

El día tocaba a su fin y volvimos a casa. Con las nueve horas de diferencia estaba deshecha. Cenamos y probamos el sofá cama del salón con *Romeo*, que se acomodó pegado a mí, ronroneando.

Poco después se añadieron ruidos procedentes de la habitación de David que dejaban claro el disfrute de los enamorados en su encuentro, pero ni ellos ni *Romeo* me impidieron sumergirme en el sueño.

En cambio, cuando me desperté, muy temprano, hacia las tres de la madrugada, me regalaron un episodio pornográfico que duró más de una hora, con un descanso de unos

quince minutos en medio. Probé con los tapones para los oídos que me habían dado en el avión, pero el problema no se resolvió. Y lo peor fue que después de la versión audio me tocó el relato completo de los hechos entre Santa Mónica y West Hollywood, adonde fuimos a ver apartamentos, pese a que intenté evitarlo a toda costa.

—Laure, te lo suplico, no he dormido en toda la noche. No tuvo en cuenta mis súplicas.

—Es increíble cómo la memoria es inexacta con las sensaciones. Yo tenía el recuerdo exacto del grosor de su pene, pero era más visual que físico. Cada vez pasa lo mismo: cuando lo tomo en mi boca pienso que no lograré tragarlo y, después, me da la sensación de que me ahogo durante unos segundos hasta que disfruto de los gemidos de mi chico.

Entonces me tocó a mí quejarme.

—¡Sí, los oí demasiado bien!

—Deja de lamentar tu suerte, habías dormido en el avión. Más bien deberías estar orgullosa de que tu amiga, una francesa, haga gemir de placer a un estadounidense.

—Laure, no es una competición. Los Juegos Olímpicos de Los Ángeles fueron en 1984 y tú aún no habías nacido.

—Ya lo sé, ¡una pena! Es el único deporte en el que podría representar a Francia e incluso tendría buenas oportunidades de ganar una medalla. ¿Te imaginas? «En la prueba de felación, Laure Masson, Francia.» Los comentarios serían lo más: «La joven francesa coge la gruesa verga del estadounidense entre los labios. ¡Observen esa fantástica técnica, qué ritmo, qué talento! El estadounidense está a punto de llegar, parece sucumbir a los asaltos de esa hábil lengua. Ya está: el joven estadounidense eyacula en un tiempo de dos minutos, veintitrés segundos, siete décimas, nuevo récord olímpico. Estamos viviendo un momento especialmente emocionante. Solo queda esperar las notas técnicas de los jueces... ¡Diez! ¡Diez! ¡Diez! Solo falta la nota del juez

ruso, que es particularmente severo: ¡Diez, por cuarta vez! ¡Laure Masson es medalla de oro!».

Mi amiga está loca, pero tengo que admitir que es divertida.

—Tienes razón, tendrías muchas oportunidades de medalla.

—¿Quieres que te explique la prueba del perrito?

—Gracias, Laure, pero con la mamada de oro olímpico creo que me basta.

—Fíjate, estoy hablando del perrito, pero ayer preferí evitarlo en favor de posiciones donde la chica controla la penetración. ¡Tenía miedo de que me desgarrara!

—¡Mierda, Laure, basta ya! ¿Cómo quieres que cene con él si no le veo nada más que como un pene grueso?

—Si ya no podemos comunicarnos, déjalo... Además, es información que podría servirte, nunca se sabe. Que Michael la tenga pequeña no significa que no vayas a tener un nuevo novio bien dotado por la naturaleza.

Grité:

—¡Laure, ya te lo he dicho, tiene un tamaño normal! Y sería una delicadeza no volver hablar de él.

Puso una expresión escéptica.

—Vale, tendría un pene entre doce y quince centímetros, pero no hablar más de él me parece difícil en la ciudad del cine.

—¡Haz un esfuerzo!

—De acuerdo. ¿Y de Charlie podemos hablar?

—Pues claro, es un amigo.

—¿Sabes que está terminando el rodaje de *Un día perfecto*?

—Sí, nos hemos comunicado por SMS y sigo el diario de la película en Facebook.

—¿Has visto que corren rumores incendiarios sobre la relación entre Charlie y Amy?

—Él lo ha desmentido, son solo rumores de la prensa.

—No son esas las noticias que ha oído David. Parece que él no está satisfecho con su trabajo de actriz y que a ella le cuesta aceptar la dualidad director–novio.

—Hay que comprender que no parece ser fácil. ¿Te imaginas que David fuera tu jefe?

—¡Ni en sueños! Si Charlie volviera a estar soltero podrías tener una oportunidad. ¿Qué piensas?

—Pienso que Amy es una gran chica y que Charlie es mi amigo.

—¿Nunca le has visto como otra cosa? Confiesa.

En un relámpago me han venido nuestros momentos a solas. Mi beso en la terraza del hotel de Venecia, el suyo al día siguiente en la góndola, nuestro paseo por Hyde Park, el té en Harrods... la respuesta objetiva sería «sí», pero mentí sin pestañear.

—No, en materia de relación amorosa con un Brown, para mí está bien así, se acabó. Charlie es amigo mío y seguirá siéndolo.

—Es verdad que tener a Michael de cuñado sería extraño.

—Ya ves, tú misma encuentras los argumentos que demuestran la imposibilidad de que así sea.

En ese momento llegamos a la dirección donde debíamos visitar el primer apartamento que mi amiga había seleccionado en internet y solo hicieron falta diez minutos para saber que no era lo que buscábamos.

El día fue largo y fastidioso. A primera hora de la tarde, un piso de tres habitaciones ofrecía todos los requisitos funcionales que buscábamos, pero su falta de carácter era tremenda. Ya nos resignábamos a esa opción, nada estimulante, cuando la suerte nos sonrió al atardecer. El sol había empezado a bajar cuando Laure detuvo el coche delante de una verja de hierro forjado y el agente inmobiliario estaba allí para abrirnos la puerta. Lo primero que me llamó la

atención fue el jardín californiano con árboles y un mirador en el que podía imaginarme leyendo al caer la tarde, e incluso un estanque en el que caía una cascada. El piso era moderno: parqué de madera clara, una estancia central grande con chimenea *insert* y cocina americana. Esta última constituía seguramente el único punto débil porque era bastante pequeña. Finalmente, dos habitaciones con cuarto de baño en cada una completaban el cuadro. El agente guardó para el final la visita a las instalaciones comunes. Primero, un gimnasio bien equipado con instrumentos de tortura que encantaron a Laure. A continuación, una bonita piscina con un *jacuzzi* cerca y todo ello rodeado de tumbonas para disfrutar tomando el sol. Presupuesto de esta maravilla: tres mil dólares al mes, o sea, exactamente el sobre asignado por Ciné Organisation para la vivienda, así que fue una decisión unánime e inmediata. Nos instalaríamos una semana más tarde, el tiempo necesario para comprar unos muebles.

Mientras, paso una última noche en casa de David; a partir de mañana alquilaré una habitación en un hotel cercano, otro rasgo de generosidad por parte de mi empleador del que puedo disfrutar. Prefiero no soportar más noches escuchando los revolcones de mis amigos.

La buena noticia es que cuando regresamos al apartamento de Santa Mónica, encontramos a *Romeo* y a *Princesa Leia* durmiendo los dos en la misma habitación. Puede que no se trate aún del gran amor, pero cada uno parece tolerar bien la presencia del otro, así que voy a aceptar el ofrecimiento de David de dejar a *Romeo* hospedado en su casa una semana.

Por la noche intercambié unos SMS con Charlie. Nos daba la bienvenida a Los Ángeles y, aunque ese tipo de contacto es necesariamente impersonal, sentí un cansancio moral infrecuente por su parte. Nos propuso que pasáramos a

verle al rodaje el martes. Es un buen momento, pues hasta el día siguiente no tomamos posesión de nuestras oficinas y estoy impaciente por verle. La última vez que nos separamos yo estaba fuera, pasando frío, y él acababa de encontrarme un taxi para volver al hotel, después de la horrible escena de Michael en los lavabos. Espero que el sol de California me permita borrarlo todo de la memoria.